

Capítulo 1

Las vacaciones de verano son para ir a la playa, piensa Jana. Eso es lo que ha hecho todos los veranos de su vida, y no hay ninguna razón para que este año sea distinto. A su hermano Mario, en cambio, la playa no le gusta demasiado; prefiere quedarse en casa leyendo o jugando con la videoconsola. Eso sí, le divierte ir con su padre a trepar por las rocas resbaladizas de la orilla para observar a los cangrejos; y le encantan los helados del chiringuito con los toldos de paja, al final del paseo marítimo.

Sin embargo, este verano no habrá playa. Mamá se lo comunica a Jana y Mario sonriendo de oreja a oreja, como si se tratase de la mejor noticia del mundo. Mientras tanto, papá observa la primera página del periódico con tanta con-

centración, que parece que sus ojos van a perforar el papel. Pero luego, al notar que sus hijos se han vuelto hacia él en espera de una explicación, aparta el periódico, lanza un profundo suspiro y pronuncia una sola palabra: «Crisis».

Ni Jana ni Mario saben muy bien lo que significa «crisis», pero les suena a discusiones entre sus padres y a problemas de dinero. Lo que su padre quiere decir es que tienen que ahorrar, y que por eso no van a ir a la playa. Después, entre dientes, añade algo acerca de ir a visitar a la abuela. Jana y Mario se miran alarmados. La abuela vive muy lejos, en un pueblecito de la montaña donde ni siquiera existe banda ancha para conectarse a Internet. El pueblo se llama Rioclaro, y todos sus habitantes tienen más de cincuenta años. No hay personas jóvenes, ni mucho menos niños...

En otros tiempos, el pueblo era mucho más grande y tenía una escuela y una biblioteca pública. Pero después, la gente se fue a vivir a la ciudad y hubo que cerrar la escuela y la biblioteca. Muchas casas quedaron vacías para siempre,

y poco a poco han ido convirtiéndose en ruinas. Eso ha transformado Rioclaro en un lugar muy melancólico...

¡Y ese es el sitio que los padres de Jana y Mario han elegido para pasar el verano!

—¿No podríamos quedarnos aquí en casa?
—pregunta Jana, esperanzada.

Su madre hace un gesto negativo con la cabeza. Acaba de poner la cafetera al fuego, y está sacando las tazas y los platitos del aparador. En ningún momento ha dejado de sonreír, pero está bien claro que la decisión está tomada y que no piensa dar marcha atrás.

—Por lo menos podré llevarme la consola
—gruñe Mario.

Mamá y papá intercambian una rápida mirada. Luego, papá se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras —dice.

Mario resopla aliviado. Si puede llevarse a Rioclaro sus videojuegos, no todo está perdido... Pero a Jana no le gustan los videojuegos. Mientras su hermano sale en tromba de la cocina para preparar la maleta, tiene que hacer un

esfuerzo para no echarse a llorar. Rioclaro...
¡Adiós a la playa!

La cafetera empieza a silbar sobre el fuego de la cocina, y a Jana le recuerda el chillido agudo y triste de las gaviotas.